

IX

Córdoba

Una gran llanura despoblada de árboles, desolada como país de excavaciones, ondulada hasta el pie de Sierra Morena, con un gran río serpenteando allá á lo lejos, y una ciudad blanquísima sentada en medio de la llanura....., es la visión que se presenta á los ojos, al acercarse á la ciudad de los califas.

En ese suelo, actualmente sin una sola silueta ni una piedra labrada ni un montón de pedruscos que indique la tumba de algún recuerdo, hace ocho siglos levantábase Medina Azahra, el palacio dedicado á una sultana y el sueño más fantástico de la arquitectura mora. En este alcázar, cuyo recuerdo parece una visión de un Oriente fantástico, las columnas de mármol de Raya y de Felibres levantábanse por millares; las piedras de las ruínas de Cartago servíanle de adorno; los muros eran tejidos de estuco; eran las puertas de cobre y hierro plateado; corría el agua por arroyos y saltaba por fuentes maravillosas. En la sala de las « grandes ceremonias », de la techumbre, formada de maderas olorosas, pendía una perla solitaria, regalo del emperador Constantino; manaba azogue de las pilas; una figura de mármol de la Siria guardaba la alcoba del Sultán; las lámparas bajaban de fantásticas estalactitas, y por doquiera se mirara (di-

cen los antiguos viajeros), veíanse maravillas de imponderable belleza.

Esa extensión sin árboles ni caseríos, en medio de cuya aridez de líneas Córdoba parece dormida, recuerda los países de las grandes ruínas y de las tristes soledades. Córdoba parece dormida, recuerda tristes soledades. Córdoba, como Nínive, Damasco y Jerusalén, como las viejas ciudades de la leyenda, parece que, al morirse, secan el suelo que las rodea y le hacen improductivo; parece que á fuerza de haber dado vida gastan la tierra, dejando una mancha inerte alrededor de sus murallas, como halo mortuorio; parece que el cascajo y la pasta de las ruínas dejan una capa geológica, en la cual desaparecen las plantas y sólo crece la tristeza y que el viento del desierto lleva el polvo y la semilla á otras ciudades, dejando á las antiguas sepultadas en la arena.

Nadie sospecharía que aquella mancha amarillenta fuera un día la Meca del Occidente, el centro de una cultura refinada, el trono de los emires y califas, de los Abderramanes y Almanzores. Nadie creyera que sus muros, rodeados de centenares de torres, encerraron ochocientos baños en los que el agua « jugaba con el mármol y saltaba con sonidos de alegría », y que vieran levantarse setecientas mezquitas, con sus airosos y blanquísimos minaretes, subiendo como bosque indescriptible; que fué tal el amor á la belleza demostrada por sus califas, que Abderramán I plantó la primera palmera traída del desierto, para que la llanura le recordara la poesía de Oriente; sembró mirtos y arrayanes en los huertos é instituyó una escuela en la cual se guardaban

como culto los secretos decorativos y tracerías geométricas elevadas á simbolismos misteriosos. Ser librero constituyó un título de nobleza, y más de veinte mil dedicábanse á esparcir por el mundo las obras de sus filósofos y poetas; sus esmaltes en cerámica, sus hierros cincelados, su arte de hacer mosaicos y taraceas, sus maravillas de fundición y orfebrería, sus cueros decorativos pregonaban la fama de aquel pueblo; mandaban vestidos de seda al mismo Carlomagno; recibían á los artistas en su corte y cuidaban el arte con el amor de un pueblo refinadísimo.

Nadie creyera en tal grandeza mirando Córdoba moderna y al ver la destrucción completa que ha sufrido. Ni una sombra de lo que fué ni una sospecha de su poder asombroso asoman por sus pedruscos, y su gloria hay que verla en los libros y descripciones más que en sus ruínas, completamente borradas. Las guerras de conquista, el odio de razas y religiones, gentes ignaras destruyendo mezquitas y acomodándolas al culto cristiano sin tener en cuenta la estética y el buen gusto; los reyes talando los alcázares y destruyendo los jardines, y sobre todo, el pueblo inconsciente, torpe y desalmado para el alma de las ruínas, dejando caer las filigranas de un arte para ellos incomprensible, vendiendo á los extranjeros las reliquias arqueológicas que manaban de este suelo misterioso, despreciando lo que ignoraban, han hecho más daño al arte que la inclemencia del tiempo, que tiene respetos ocultos para los pobres monumentos. De aquellos baños, encanto de la ciudad, no quedan más que sospechas; de aquellos centenares de mezquitas, más que rasgu-

ños detrás de los altares ó indicios por entre la cal; ni un solo minarete se levanta; las murallas cayéndose, la gran mezquita, único monumento hoy en pie, mutilada por Carlos V y víctima de un señor académico que ejecutó desacertadas reformas; el campo de Medina Azahra, sepulcro del gran palacio levantado por la fuerza de una pasión, nacido entre leyendas y sueños hechos obra de arquitectura y ornado un día con todas las riquezas y poesía de Oriente, es ganadería y propiedad de Lagartijo... y todo caído, todo semiabandonado, y lo que es más doloroso todavía, mirando con sonrisa de desprecio ó con malvada indiferencia.

¡Qué país desdichado es el nuestro! Parece que Dios ha echado obras de arte en nuestro suelo, en un momento de olvido, ó que, no pudiendo dar público, dió artistas que compensaran la indolencia general; parece que acumula en los hombres creadores el amor y el talento de todos los demás juntos, y que muertos aquellos, el país ha quedado en seco. Son tan pocos los que respetan la herencia artística de lo pasado; forman tan escasa minoría, que son tenidos por dementes ante el sufragio de todos y mirados como aves taciturnas, como gente maniática digna de compasión; los gobiernos los oyen sin comprenderlos, secundados por la masa general, á la cual no interesan esas cursis sensiblerías, que en otras partes son sagrados intereses de cultura; y los pobres monumentos van cayendo lentamente, desmoronándose poco á poco, borrándose del libro de nuestra historia. Se vende aquello que puede venderse bienamente, y lo que resta, las columnas intrasladables, las lápidas de solo valor epigráfico,

los capiteles averiados, se amontonan en los bajos de un edificio cualquiera, se coloca un rótulo con el título de *Museo*, y allí las viejas reliquias, llenas de polvo y telarañas, las guarda, soñoliento y aburrido, un individuo del cuerpo de archiveros y museos, nombrado algunas veces por el cacique del pueblo. ¡ Triste empleado esperando á los visitantes, que suelen ser extranjeros, á quienes interesan todavía esos extraños chirimbolos, los cuales se los miran tomando nota de aquella pasada grandeza y de nuestra pobre cultura !

Esto pasa aquí, como pasa en casi todas las capitales de provincia de nuestra España moderna, y gracias á esta incuria de un pueblo sin ilustración, nos vamos quedando desnudos de monumentos. Córdoba monumental se va, vive dormida, se alearga en los pliegues de sus calles, oye caer indiferente las obras que le dieron renombre, y cosa rara, á ese abandono de odalisca, á esa tristeza legada de Oriente, á esa práctica del ensueño, debe su mayor encanto ; la nostalgia dorada que desprende, la paz callada que se respira en sus ámbitos, el silencio de un claustro, y un no sé qué fatalista heredado de los árabes, que detiene el pensamiento y lo adormece.

Rodeada Córdoba todavía de sus muros ruinosos, su plano parece un laberinto, y es preciso andar con brújula por sus calles para poder orientarse, de tal modo son tortuosas é intrincadas. Abiertas al azar, y estrechas como grietas formando innumerables revueltas y recodos, pintadas sus casas de color claro, rosa violeta, verde descolorido ó azul pálido, parecen un sueño blanco con reflejos de cielo azul.

Empedradas con grandes losas y tapizadas con esa hierba que asoma por entre los pliegues del silencio, veladas con medias tintas, calladas como vías de Pompeya, con sus persianas cerradas y sus puertas entreabiertas, parecen calles de panteones en cementerio cuidado con cariño por piadosas manos de mujer. Las losas resuenan al paso como en ciudad desierta, los viandantes son rarísimos : un pobre, inmóvil en una esquina, una figura en una reja, un embozado, un cura taciturno ó un grupo de mujeres en el umbral de una puerta ; las casas parecen deshabitadas con sus patios silenciosos de glacial limpieza ; los aleros cubren con velo de medias tintas las fachadas, y todo queda apagado en una claridad discreta, tenue y opaca, modelada en ambiente de armonía, en baño de luz, con niebla de vibraciones.

De vez en cuando, en una esquina, en un ángulo ó sobre una puerta, se ve empotrada una capilla. El santo, cuasi borrado en el fondo, rodeado de flores descoloridas, de reliquias piadosas, de plantas colgando con ese instinto de buen gusto que les da la Naturaleza, con su farol encendido en pleno día, esperando avergonzado la penumbra, prestan mayor tristeza á la solitaria calle ; otras veces aparece una fachada con adornos platerescos, con escultura aparatosa, con líneas y adornos declamatorios, seguida de un muro larguísimo, escurridose ondulado á lo largo de los estrechos callejones ; más lejos, levántase un edificio con apariencias de convento, liso y desierto de adornos, en cuyas frías paredes asoman diminutas celosías ; de vez en cuando, adivinanse unos ojos de mujer curioseando detrás de los postigos entreabiertos ; vése, aquí y allá, un capitel in-

crustado, una lápida, una columna, un friso de azulejos, y en todas partes reina un silencio mate, el silencio de una ciudad aletargada y dormida.

Andando por esos intrincados corredores, se llega á la mezquita, situada en un extremo de Córdoba. Allí las calles se ensanchan y adquieren carácter más monumental y grandioso, con los muros del edificio, sus alineados contrafuertes y los largos paredones corriendo en perspectiva. El suelo es de patio de convento, los caserones suenan á monumento vacío, las casas semejan desiertas cofradías ó cuarteles sin soldados, y en aquel páramo de ciudad levítica y muerta, véanse pasar de vez en cuando, en largas hileras silenciosas, filas de seminaristas; se oyen sus pasos repercutiendo en las bóvedas vecinas, y en larga procesión discreta se les ve desfilar por la bruñida acera, hasta entrar en alto portalón del fondo ó en angosta callejuela. Las ruínas del alcázar, con sus huertos pedregosos y sus torres sirviendo de nido á los halcones, añaden tristeza al lugar; las murallas abandonadas le prestan carácter de ciudad vencida, y el Guadalquivir, escurriéndose á su lado, aísla su silencio y le protege con su curso majestuoso.

Nada de belleza más severa que Córdoba, vista desde este sitio, en que el puente romano une á la ciudad con la llanura. Un torreón en primer término, el grandioso río deslizándose y reflejando los arcos sienosos, una puerta monumental abierta en las murallas, la mezquita en el fondo sosteniendo la catedral en sus espaldas de piedra, el campanario destacándose sobre el cielo, y todo pintado por el aire de los siglos, y todo antiguo y ocultando la

ciudad moderna detrás de la cortina de piedra, dan un conjunto de Córdoba de otros tiempos y hacen volar el pensamiento que restaura su pasado. Aquellos sillares caídos debían ser el Alcázar, aquellas tapias derrumbadas, los jardines de mirtos y laureles; el minarete debía sustituir el campanario; intacta debía estar la mezquita, almenadas las torres, y con rastrillos y puente la maciza puerta, y los blancos ajimeces de diminuta columna, abiertos como negras pupilas en los blanquísimos muros de centenares de edificios, que asoman encima de las murallas.

Todo esto no es un sueño. Mucho más podían ver los ojos de lo que pueda penetrar la fantasía. Córdoba es bella é interesante, pero lo es más por los recuerdos que inspira, por lo mucho que ha perdido, que por lo bueno que conserva. Es un cementerio de arte, adornado con nichos nuevos; un pueblo sostenido con restos arqueológicos y edificado sobre lápidas, columnas y capiteles; Córdoba es una hermosa sultana que se va volviendo torera.

Teníamos que marcharnos, dejar la hermosa Andalucía, ese paréntesis poético en la prosa de la vida; así es que sólo vimos la mezquita, como visión de un momento, como un decorado árabe, entrevisto vagamente entre las sombras de un sueño.

La última obra de arte que penetraba en nuestro espíritu era la impresión de un bosque de simétrica estructura; un bosque de un misticismo oriental, ocultando entre las ramas de portentosos calados un mirab misterioso; un edificio con alma, el santuario de un pueblo que, después de tantos siglos, aún exhala el aroma de una poesía

única, los cantos de Abderramán al dirigirse á su pueblo : « Para los pobres cristianos, los monasterios sombríos ; guardemos para nosotros los verjeles, el harem, los baños y las aljamas ; nuestras aljamas vestidas de jaspes y esplendorosos estucos, construídas de jacintos y alumbradas por lámparas inextinguibles. Para ellos, claustros lóbregos ; para nosotros, las fuentes manando plata y los verdes arrayanes ; para ellos, las privaciones de la vida de castillo ; para nosotros, la dulce y tranquila existencia de los alcázares risueños y los lugares tranquilos ; para ellos, la intolerante tiranía, para nosotros, la monarquía clemente ; para ellos, los pueblos ignorantes y ambiciosos, para nosotros las artes ; para ellos, la abstinencia y los martirios ; gozamos nosotros los deleites de la amistad y del amor en esos fértiles campos de la bella Andalucía ».

* * *

Esas palabras del califa fueron la última impresión del arte. La última impresión sentida fué la impresión melancólica que causa el dejar un suelo que es pródigo en sensaciones y generoso en bondades.

FIN

ÍNDICE

DESDE EL MOLINO

Artistas catalanes en París	1
Una taberna en Montmartre	8
El estudio de un puntillista	16
Un pintor chic	26
El Réveillon	36
Un fotógrafo de la legua	45
Montmartre por la noche	55
Una excursión á Ruan	63
El moro del Baile	73
Impresiones de llegada	80
La Sociedad protectora de animales y plantas	87
Las canciones de Montmartre	94
El reino de las sombras	102
El cementerio de Montmartre	108

IMPRESIONES DE ARTE

PARÍS. — El alojamiento	119
El personal	127
La oración del domingo	138
La clase de noche	150
La isla mística	159
El Greco en casa	170
ITALIA. — Un rato al continente	179
Florenia por la noche	190
Florenia á plena luz	199
Vida de museo	210
El monte de los cipreses	220
SUIZA. — Las nieves perpétuas	229

EL REGRESO	238
ESPAÑA. — Granada	251
El generalife	256
La Alhambra	267
El barrio de los gitanos	277
Los cármenes de Granada	287
Alonso Cano	295
La toma de Granada	304
MALAGA	314
CÓRDOBA	322

